

la amenaza y la agresión de la hembra salvaje, y la conclusión del debate en «lucha» amorosa:

*Provéme por llegar a la gaha
maldita:
dióme con la cayada tras la oreja,
jita.
Derribóm'cuesta ayuso e caí
estordido...
... Por Díos, díxe yo, amiga, más
querría almorzar,
de ayuno e de arrecido, non podrié
solazar;
si ante non comiese, non podrié bien
luchar.*

El cantar popular o serranilla que le sigue, no se escenifica en la provincia de Madrid, sino en Riofrío, pueblo situado entre Segovia y Otero de los Herreros («Ferreros», en el «Libro»), no lejos de la divisoria entre las dos provincias.

La tercera cántica en verso culto de catorce sílabas se sitúa en «el Cornejo», cercano al puerto de la Tablada, en la divisoria entre Segovia y Madrid. El pinar que aún existe hacia San Rafael se evoca en una nota rápida, pero suficiente; la «serrana lerda» y «forzada»: «fallé cerca el Cornejo, do tajava un pino». La recia leñadora toma al viajero por pastor, y, en la serranilla siguiente, le examina en sus habilidades serranas, antes de admitirle como novio. La enumeración de faenas es otra muestra del realismo y la riqueza léxica del Libro:

*Bien sé guardar mata,
yegua en cerro cavalgo,
sé el lobo cómo se mata...
... Sé muy bien tornear vacas
e domar bravo novillo
sé mazar e fazer natas
e fazer el odrezillo,
bien sé guitar las abarcas
e tañer el caramillo,
cavalgar bravo potrillo...*

Si la cita no fuera demasiado larga podríamos dar aquí un documento completo de las habilidades y las costumbres matrimoniales de los pastores de la sierra del Guadarrama en el siglo XIV.

La cuarta cántica en metro largo tiene lugar también cerca de la venta de Tablada, junto al puerto de los Leones. Como es de rigor en el género, se narra el extravío del caminante en una tormenta de nieve. Pe-

ro la serrana aparece aquí con unos rasgos de fealdad descomunales; el autor se divierte con una parodia grotesca, sabrosa en su lenguaje de observaciones directas de la vida en el Guadarrama:

*Sus miembros e su talla non son
para callar,
Ca bien creed que era grand
yegua cavallar...
... Cabellos chicos, negros, más
que corneja lisa,
ojos fondos, bermejos, poco e mal
devisa,
mayor es que de osa la patada do
pisa;
las orejas mayores que de añal
burrico...*

El retrato es una desvergozada parodia de la idealización cortesana en la pastorela provenzal. El autor, castellano y del siglo XIV, habitante de la ciudad, en que la burguesía naciente imponía una visión del mundo epicúrea y satírica, se expulsa en varias estrofas de atrevidas descripciones caricaturescas.

Por último, la cuarta serranilla transcurre, igualmente «cerca la Tablada», pero la serrana es, en cambio:

*Fermosa, lozana
e bien colorada.*

La alimentación es del más auténtico carácter serrano, sin idealizaciones:

*Diom' pan de centeno,
tiznado, moreno,
e diom' vino malo,
agrillo e ralo,
e carne salada.*

Como colofón de las serranillas hay unas cántigas del arcipreste a Santa María del Vado (que contrastan con el desenfado de aquéllas, y son una expiación para el ambiguo y vital carácter del poeta). Esta ermita puede que estuviera cerca del Manzanares; o quizá al pie del pico Ocejón, en el pueblo actual de El Vado.

En conjunto, las «cánticas de serrana» del arcipreste de Hita nos presentan un cuadro de la vida en el Guadarrama en el siglo XIV lleno de observaciones precisas de costumbres y paisajes, en un estilo rico, sabroso y libre de convenciones literarias.

En el XXV aniversario de la muerte de **JARDIEL PONCELA**

Eva Jardiel Poncela evoca a su padre

Un judío «de pura cepa»

Se cumple ahora el XXV aniversario de la muerte de Jardiel Poncela, cuya obra, muy estimada en su tiempo, alcanza ámbitos cada vez más dilatados, por su gracia y originalidad. «Mi padre, dice Eva, era uno de los pocos autores a los que los empresarios ofrecían el 15 por 100, en lugar del 10 habitual, para que estrenase». Hombre de profundas inquietudes religiosas, algunas de las cuales ha expresado con una audacia sin límites, Jardiel tenía una raíz semimisteriosa —su ascendencia judaica— que Eva nos pone al descubierto en un relato de sumo interés. Cuenta Eva también cómo fueron los últimos días de Jardiel, y cómo fueron los primeros de ella. Jardiel en persona la llevó a la pila bautismal, con el resuelto propósito de ponerle un nombre poco usado: Evangelina. El nombre sorprendió al cura, que no quería admitirlo. «Pues si no se lo ponen, no la bautizo», dijo el genial dramaturgo aragonés. Evangelina es un nombre griego ortodoxo tras el que, en cierta manera, se esconde el remoto origen de esta familia.



La familia Jardiel Poncela en 1949, compuesta (de izquierda a derecha) por Mari Luz, Carmen Labajos (la compañera de Jardiel hasta la muerte), Enrique Jardiel Poncela y Evangelina (hija mayor)



Jardiel Poncela en su última época, poco antes de morir. En su rostro se ve la huella de la terrible enfermedad que acabó con su vida a los 52 años

—¿Cuándo descubriste que eras judía?

EVA.—Desde pequeña. Siempre. Si es una cosa de toda la familia... Jardiel significa *energía de Dios*.

—¿Tu padre lo sabía?

Eva.—Sí. Nosotros vinimos a España después de la Inquisición. No podíamos haber venido antes porque de lo contrario nos hubieran cambiado el apellido. Jardiel es hebreo puro. En Jerusalén, el gran rabino se quedó tan sorprendido que me dijo: «¿Pero es que en España hay apellidos judíos como el suyo?» Yo le dije: «De judíos conversos, sí, pero en hebreo, no».

—¿Y tú no te has sentido nunca atraída por el judaísmo?

EVA.—Sí. Me hice incluso judía. Lo he explicado en un libro que se

llama *Dios dentro*. Fui a Israel con motivo de la visita del Papa, como periodista enviado especial. Luego volví y entonces fue mi conversión. El gran rabino me dijo que le hacía mucha ilusión descubrir a un Jardiel, porque era un apellido de los más antiguos. Su historia estaba escrita a partir de la destrucción del templo. Los Jardiel abandonaron Israel y fueron a Rusia; de Rusia pasaron a los Balcanes. Pero a partir de ese momento se pierde la pista. Así es que se alegraba mucho, dijo, de volver a encontrarnos. «Pues ya se ha acabado, le dije. Se acaba el apellido». Me dijo que era una lástima, que ya no hay tampoco ningún Jardiel en el mundo. Pero el apellido se acababa. Mi padre tenía dos hermanas, yo tengo dos hijas, que tampoco se llaman Jardiel; se llaman Paso.

—¿Y tu madre, cómo se llamaba?

EVA.—Peñalver. Pero no hace al caso. Yo llevo el apellido de mi padre. Soy hija natural suya. Lo cual es hermosísimo. Mi padre tenía 26 años cuando se quedó solo, con una niña. Y entonces no era nadie...

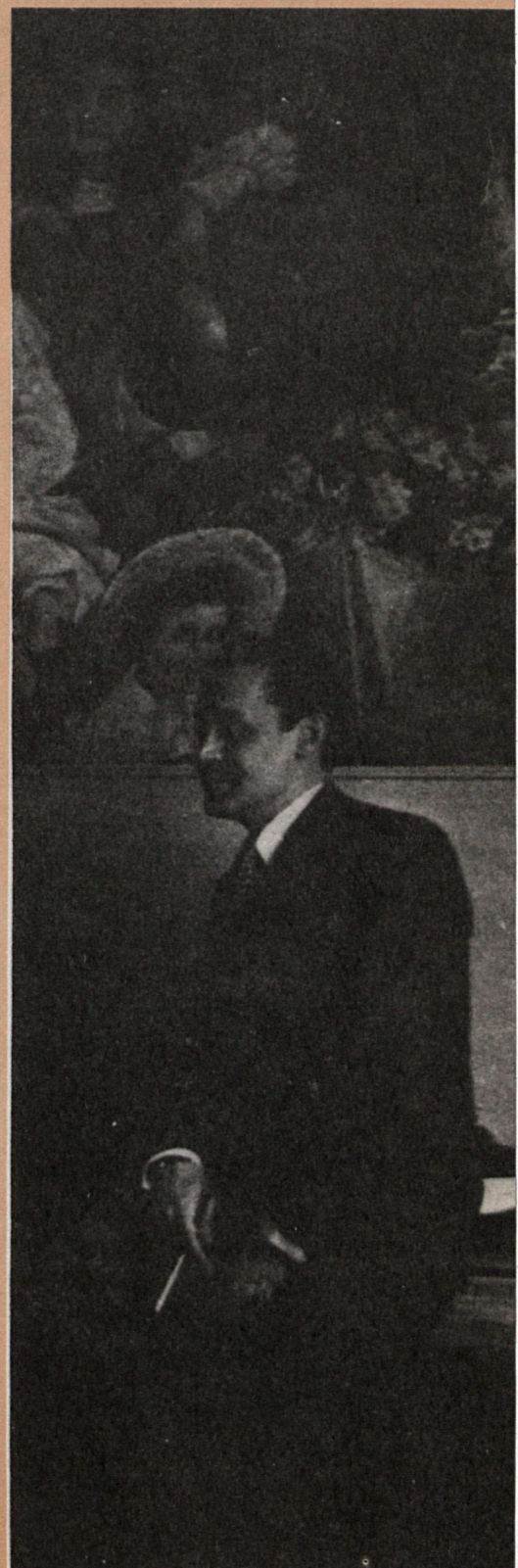
—Cuántos años viviste con tu padre?

—EVA.—Siempre. Si no hubiera sido por mi padre, yo hubiera sido una niña del hospicio. Normalmente se quedan las madres con sus hijos, así es que un señor que se queda

con su hija es una cosa rara. Yo lo fui. Por eso me llamo Jardiel Poncela. Mi hermana se llama Jardiel Sánchez.

—Pero para ti, ¿no debió de ser una especie de trauma que tu padre se casara o viviera con otra mujer?...

Jardiel Poncela en el vestíbulo de su casa de la madrileña calle de las Infantas, 40. Al fondo, una de las pinturas que decoraban la casa y que era obra de la madre de Jardiel, gran pintora (foto de 1942)



PAPA, ¿POR QUE NO TE CASAS?

Eva.—Como era tan religiosa, pensaba que papá estaba en pecado, porque vivía sin casarse, y ya de mayor le dije: «Papá, ¿por qué no te casas?». «Porque yo tengo que responder ante Dios de los hijos que no han podido venir, me dijo, y tú tienes que ser igual que tu hermana».

—¿No te produjo dificultad alguna en relación con tu padre esa situación?

EVA.—Fuimos amigos toda la vida, porque además a mí me podía contar cosas que no podía contar a mi hermana, ya que al vivir su madre, podían hacerle daño. Cuando mi hermana nació yo tenía seis años y para que yo no sufriera de verme, digámoslo así, pisado el terreno, no me dijeron que era mi hermana hasta que estalló la guerra, trastocándolo todo.

Yo vivía con mi padre y con mi tía. Cuando mi madre se marchó de casa, mi padre llamó a una hermana suya que se acababa de quedar viuda: «Josefina se ha marchado de casa, dijo. Yo no sé qué hacer con la niña». Yo tenía sólo tres meses». Mi tía dijo: «Lo primero que hay que hacer es criarla», y me mandaron al campo, con un ama, un año. Al año papá le dijo a mi madrina: «Mira, yo quiero que se críe como todos los niños, que no sienta ninguna diferencia». Y en-

tonces mi tía y mi padre pusieron casa y al cabo de algún tiempo yo empecé a ir al colegio. Iba al Colegio Alemán, tenía mi *Fraulein*, etc. Mi padre lo único que no quiso nunca fue que tuviéramos contacto con el teatro.

—Sin embargo, luego fuiste a casarte con un dramaturgo. ¿Dónde conociste a Alfonso Paso?

EVA.—En mi casa. Pero ése es un episodio olvidado. Hace dieciséis años que estoy separada de él, sólo vivimos siete años

juntos, mis hijas están casadas; eso se ha terminado.

—Volvamos a tu padre. Me has dicho que cuando se murió tú tenías veinticuatro años. ¿Qué habías hecho hasta entonces?

EVA.—Hubo una etapa en que yo estudié el Bachillerato, como todo el mundo, y cuando tenía que entrar en la Universidad, a mi padre empezó a irle muy mal y yo tuve que buscar trabajo. Me coloqué en el Instituto de Previsión y estuve trabajando durante siete años,

Dibujo original de Jardiel, para la edición de la novela «LA "TOURNEE" DE DIOS». Año 1932



para mantener la casa. Mi padre estuvo siete años enfermo. Tenía cáncer de laringe, aunque entraba y salía y hacía aparentemente vida normal. Cuando él se murió dejé el Instituto, todos me decían: «Estás loca». Y empecé a escribir. Conocí a Alfonso Paso y me casé. Cuando me separé me fui a la Universidad y me hice psicóloga. Yo no era de ese tipo de mujeres que lo que hacen es ir de un lado para otro, cuando se sienten sueltas, porque no saben qué hacer; yo no, no me acoplaba a ese tipo de mujeres separadas. Me metí en la Universidad a estudiar psicología y eso me hizo comprender mucho. Mi vida económica siempre había sido difícil y lo seguía siendo, pero siempre he confiado mucho en Dios; siempre que he tenido un problema me he dormido diciendo: «Jesús, Tú lo resuelves».

—Tu padre ganó mucho dinero. ¿En qué lo gastó?

EVA.—Mi padre era una persona exactamente igual que yo. El decía que lo que había que hacer era trabajar y que no había que pensar en el dinero y que si hacía falta más dinero, había que trabajar más... El gastó el dinero en lo que necesitó, en lo que quiso y luego, pues vivió siete años sin trabajar y sin hacer nada y entonces empezaron las dificultades. Pero hubo gente estupenda, como Fernán Gómez, que estuvieron dándole dinero mucho

tiempo; Fernán Gómez no sabía que yo lo sabía, porque él trataba de hacerlo de una forma completamente anónima, pero papá a última hora me lo contó.

—¿Y de los derechos de autor? ¿Quiénes son los herederos?

EVA.—Mi hermana y yo. Mi padre quería que fuésemos iguales en todo. Los libros de mi padre dan mucho dinero. Las novelas nunca han dejado de leerse, sobre todo en Hispanoamérica, y lo mismo las obras de teatro, porque como están los prólogos en los que cuenta todo lo que ha pasado hasta es-

trenarlas, a la gente le gustan mucho. Luego están las traducciones. En Rusia, por ejemplo, está traducido todo, excepto *La tournée de Dios*. Me lo contó un joyero amigo mío, que estuvo allí. Se sorprendió de encontrar todos los libros traducidos, menos *La tournée*. Y es que ese libro está prohibido hasta por los rusos.

¿Consideran la obra irreverente?

EVA.—Es que se mete con todo. O sea, que Dios no podía estar ni con los unos ni con los otros. Pero de irreverente nada.



Dibujo del propio Jardiel, para la portada del libreto de una de sus obras teatrales: «UN MARIDO DE IDA Y VUELTA», en 1939